

Crónica de un desastre anunciado
FEDERICO ZERTUCHE

MALESTAR EN LA CIVILIZACIÓN

Tras recurrentes crisis de fin de sexenio, nada más natural que anticipar la siguiente y prepararnos para sufrir lo menos posible sus eventuales efectos adversos. Tal parece ser la "lógica" del libreto que los mexicanos damos por hecho de aquí al 2000. Una suerte de premonición que abrigamos al tiempo de tejer su desenlace marcada por fin de ciclo político, finisecular y de milenio.

Tal creencia colectiva, extendida en distintos planos de la sociedad, se manifiesta de diferentes maneras: severa contracción de la inversión, desempleo y paro masivos, drástica reducción en la capacidad de compra que a su vez afecta al resto del ciclo económico, creándose un círculo vicioso; socialmente: inseguridad abierta, desconfianza y temores, desaliento en el país, que se complican aún más si consideramos su consecuente expresión política que en tal escenario no podría ser otra más que de crisis profunda. Es irrelevante determinar cuál de las cuatro dimensiones en que vivimos: la social, la económica, la política o la cultural es la determinante, la que afecta más que las otras y se imponga sobre el resto. Unos sostienen que es la economía, otros la política, dejando como trasfondo la social y cultural. No obstante, lo económico y político nunca se explicarían íntegramente si se prescinde del entorno social y cultural donde y cómo se dan y manifiestan aquéllas.

Las unas no pueden prescindir de las otras, todas son fundamentales y de recíproca dependencia y simultaneidad, unas y otras se alimentan J entre sí y se explican sólo en función de las demás, aunque cada una de ellas tenga su particular expresión eíentíEica, hay que examinarlas en conjunto, como una configuración.

Cualquier sociología que no tome en cuenta las dimensiones políticas, culturales y económicas no es sociología, sería, a lo mucho y si bien le va, monismo determinista o dogmático. Lo mismo vale cuando se pretende que la economía es la fundamental respecto a las otras dimensiones. En ciertas ocasiones pesan más consideraciones sociales políticas y hasta culturales sobre las económicas. Tampoco la política puede explicarse por sí sola, sino en función de y en relación con las otras.

Pero volviendo al tema que nos ocupa, una suerte de creencia colectiva se ha extendido entre los mexicanos a lo largo de 1998 y que imaginamos se proyectará hasta el 2000, en el sentido de que vamos hacia una terrible crisis y, por lo tanto, todo mundo hace lo posible para prevenirse, sin tomar conciencia que tales prevenciones no hacen sino estimular y profundizar la crisis misma, reforzando el círculo vicioso en que vivimos: crisis económica, social, política y cultural simultáneamente.

Si todos creemos, sentimos y hasta experimentamos que una crisis se avecina, lo más probable es que efectivamente ocurra. Ya tenemos casi todo el componente subjetivo predispuesto; así no es tan difícil condicionar las otras dimensiones. Si ya sabemos que se aproxima, entonces adoptamos políticas anticrisis: no gastar, no invertir, no expandirse, desemplear masivamente personal, drásticas reducciones en el gasto público y privado, etcétera, así tenemos que la dimensión cultural (en este caso las creencias) afecta seriamente a la económica y a las demás.

Aunque sin duda anclada en experiencias recientes, la premonición colectiva que vivimos irremediamente me recuerda el mito del fin del ciclo solar de los aztecas, los famosos "Soles— que según su cosmogonía y religión prefiguraban siempre un fin catastrófico: terremotos, inundaciones, epidemias y otras calamidades. Ante la inestabilidad de un mundo

constantemente amenazado de ruina, idearon el remedio de los sacrificios humanos para tratar de calmar y alimentar a los dioses con la sangre que tranquiliza y pospone el desastre. La cultura sacrificial es consustancial a sociedades regidas por creencias, más que por ideas. El pensamiento mágico se impone al racional y al científico para explicar los fenómenos sociales. En tal sentido prefigura algo llamado "destino", la mayor de las veces de sino trágico, y a él se atiene la gente casi de manera pasiva, como algo ineluctable o irremediable, o con ambas características. Por ello requieren de ídolos (verdugos) y víctimas, aunque ocasionalmente los ídolos se transmutan en víctimas y se les hace morir a la vista de todos: las víctimas convertidas en verdugos, operando al efecto una especie de equilibrio y regulación cósmica y social.

"El ídolo sacrificado -dice María Zambrano- hecho víctima, restablece por un momento la igualdad. El nivel se iguala y la víctima participa del ídolo al verle rebajado hasta su condición, de] modo que considera más cruel porque es repentino. Muere en un instante mientras ella muere día a día. Y el ídolo conoce un momento de paz suprema al verse sacrificado; participa también de la condición de la víctima, siente haber pagado la idolatría sobre la que vivió encumbrado, se siente restituido a la condición humana."1

Tal parece que en los últimos sexenios el pueblo de México -eterna víctima- azuzado por embozados intereses, se ha transmutado en verdugo para sacrificar al ídolo saliente y así equilibrar momentánea y simbólicamente la balanza. El último ha sido Salinas, lo antecedieron los también expresidentes Díaz Ordaz, López portillo, Echeverría, y un poco, De la Madrid. En el siglo pasado el villano favorito Cue Santa Anna, otros en menor escala hasta culminar con Porfirio Díaz, Luego Madero, a quien inmolaron a través de Victoriano Huerta, consumado verdugo A Moctezuma dice la leyenda el pueblo enardecido lo inmoló a pedradas.

"Es una característica del pensamiento primitivo la personalización de los problemas sociales", señala Hans J. Morgenthau. Y añade: "La tendencia es particularmente fuerte cuando el problema parece no susceptible de una comprensión racional y de un manejo satisfactorio L'... 1 Una vez que hemos identificado a ciertos individuos o grupos como la fuente del mal nos parece haber entendido el nexo causal que lleva desde los individuos al problema social; ese aparente entendimiento sugiere la aparente solución: eliminemos a los individuos responsables de él y habremos resuelto el problema."2

Como hemos visto, no se trata de una cultura reciente y sin tradición. Para sacrificios, los de los aztecas no tienen parangón en todo el mundo y su historia por su dimensión e intensidad prescrita por una cosmogonía confeccionada por la casta polírico-religiosa a su propia medida. Ya Octavio Paz se ha ocupado lúcidamente de establecer los vasos comunicantes entre pasado y presente de tal fenómeno en México, en el famoso apartado —Crítica de la Pirámide— de su ensayo Postdata

Durante 1998 se esparció como pólvora la creencia de que como país íbamos rumbo al despeñadero e hicimos todo lo posible para confirmarlo. Políticamente, lejos de ponernos de acuerdo en los consensos básicos; que garantizan la convivencia plural y diversa de manera civilizada, democráticamente y en paz, nos empeñamos en sabotearlos, inculparnos unos a otros, ahondar agravios y ataques sin responsabilidad alguna que no ve ni quiere ver más allá del beneficio personal o de grupo y del corto plazo. Estrechez de miras por partida doble.

Jesús Siva-Herzog Márquez acierta en señalar que "los mexicanos de esta generación estamos empeñados en lograr la ruina del país", y en su artículo (Reforma. 7 de diciembre de 1998) emprende una aguda disección de lo que llama ingeniería de la crisis que en seguida pasa a detallar. Remarca con la siguiente frase: "México sigue delineando sobre un enorme escritorio el diseño de una crisis más profunda y mas vasta."

En todo caso, en la realidad cotidiana. las conversaciones, los comentarios entre amigos y aun entre desconocidos, giran sobre un tema recurrente cuando del país se trata: la crisis que se

avecina, que ya nos afecta y padecemos, ensombrecida por un ominoso y fatal futuro que prefigura y° perfila la conciencia colectiva. Fin de sexenio siglo y milenio, en lugar de despertar optimismo y renovación creado-ra, parecen configurar una cábala que anuncia catástrofes.

En esa "lógica" prima el pensamiento mágico sobre el racional y científico, se impone la sociedad sacrificial o cerrada sobre la de conciencia histórica o abierta, lo que significa un claro retroceso social y político una involución COMO puede ocurrir con frecuencia en las sociedades: la República de Weimar que dio el triunfo a los nazis, por ejemplo. Una de las dimensiones más afectadas por este tipo de fenómenos es sin duda la política, particularmente su manifestación más avanzada, a saber la democracia.

En un clima de crisis profunda y generalizada, los ciudadanos tienden a descreer de las bondades de la democracia, pues erróneamente sienten que ésta no les resuelve nada sino que empeora todo, cuando el problema no es la democracia sino el nivel y grado del carácter acusadamente social, cultural y civilizatorio en que se encuentra un pueblo en determinada nación.

Es decir, somos nosotros, los individuos y los grupos que conformamos quienes no sabemos ponernos de acuerdo y, en lugar de ello, ahondamos y exacerbamos más nuestras diferencias, agravios e inculpaciones mutuas entrando en una lucha sin cuartel que finalmente se resuelve por una imposición autoritaria o francamente dictatorial y tiránica. En condiciones semejantes Hitler se hizo del poder, y como él muchos otros dictadores: Pinochet, Castro, Franco, Lenin, Mao, y un largo etcétera.

Casi siempre un dictador surge para "resolver" y poner fin a un estado de anarquía, guerra civil, profunda crisis económica, disolución social, aguda inseguridad y otras manifestaciones graves. Una sociedad inmersa en semejante estado de cosas siempre será caldo de cultivo de demagogos y dictadores en ciernes, la ocasión propicia para hacerse del poder, mientras que el sistema democrático pierde apoyo y simpatía entre la ciudadanía.

Para volver con los ejemplos históricos: el tránsito de la República de Weimar a la Alemania nazi, el de la España republicana a la guerra civil y a la dictadura, México durante Madero y su trágico desenlace, la Cuba de Batista a la de Castro, la Rusia zarista, la Duma reformada a la comunista, la Italia prefascista a la de Mussolini, Chile durante Allende-golpe de Estado-dictadura de Pinochet y así podríamos alargar la cuenta. En todos estos casos se dio al traste con la democracia, que aunque incipiente y errática existía o al menos despuntaba o era posible, para dar paso a una dictadura con el beneplácito y apoyo de las masas.

Adicionalmente, todas las dictaduras apelan a sentimientos irracionales y violentos de la sociedad a través de la demagogia y la propaganda: ya sea el racismo, el nacionalismo a ultranza, la lucha de clases, el anticomunismo, el antifascismo, u otros antis, fomentan el odio y el rechazo a otro u otros, a quienes son percibidos como diferentes, como amenaza o el enemigo a vencer. Los rojos del franquismo, los judíos y comunistas de Hitler, los capitalistas burgueses de Lenin, los yanquis o gusanos de Castro, et al., constituyen uno de los factores aglutinantes que operan a favor y en beneficio de la dictadura.

La alternativa autoritaria siempre ha surgido en momentos y situaciones nacionales de profunda y múltiple crisis, y es hasta cierto punto explicable, sobre todo cuando se ha llegado al extremo de una guerra civil

estado de ingobernabilidad, en que el poder y la sociedad están severamente fragmentados y divididos unos contra otros sin llegar a ponerse de acuerdo. Cada quien considera su causa como única y verdadera, mientras que la del enemigo representa al mal absoluto, actitud totalmente alejada del más elemental pluralismo y razón democrática, aunque muy próxima a la violencia y a la subsecuente imposición dictatorial.

A menos de que a alguien le gusten los dictadores, está claro que la mayoría de la gente cuerda prefiere una mayor distribución del poder que su monopolio en una persona o grupo; gozará en un caso de libertades mientras que en el otro sufrirá por la falta de ellas. Es obvio que cualquier persona tendrá mayores posibilidades de defensa en un régimen de derecho que en una dictadura. Es preferible que grupos opositores puedan luchar civilizadamente entre sí dentro de un sistema electoral democrático, libre y plural, que estar obligados a un solo partido: el del dictador.

Por más imperfecta que sea una democracia, y en mayor o menor grado todas lo son, será siempre mejor que una dictadura

un autoritarismo. Una democracia se logra plenamente sólo si está sostenida por una participación ciudadana responsable, colectiva y consciente. Por sus características, los sistemas democráticos tienden a compartir lo más posible el poder, al contrario de las dictaduras que lo monopolizan despojando a la ciudadanía de los derechos civiles, políticos, económicos y en muchos casos culturales y religiosos, que el dictador secuestra para sí.

La democracia no es panacea si los ciudadanos no la hacen valer, si no la exigen, si no la practican. Son las sociedades las que se dan a sí mismas sus sistemas políticos. Aun en el caso de que el poder político pueda temporalmente ser secuestrado por un dictador o un grupo, finalmente el pueblo tiene la fuerza suficiente para reconquistarlo y librarse del usurpador.

Para evitar el círculo vicioso guerra civil-dictadura o autoritarismo-revolución contra el dictador y otra vez violencia, el mejor remedio conocido hasta ahora es, desde luego, la democracia, donde

los cambios operan civilizada y pacíficamente mediante elecciones, a través de gobiernos electos, congresos o parlamentos, por un poder judicial efectivo y autónomo demás instituciones democráticas conocidas.

Así pues, a los mexicanos no nos queda más que concluir la tan llevada y traída transición democrática, es decir, acabar de una buena vez de definir y pactar claramente los consensos básicos y fundamentales sobre los cuales se edificará la institucionalidad, la legalidad y la estructura del nuevo Estado democrático, plural, civil y jurídico que requiere el país. Sin los cimientos cualquier tipo de construcción se caerá como castillo de naipes.

En lugar de apelar al pensamiento irracional o mágico, de dejarnos ir por un acaecer fatal que llamamos destino, de atenernos a premoniciones ominosas, debemos hacernos responsables de nuestra historia, que no es ineluctable sino proceso consciente y responsable, que no se padece sino que se actúa. Las catástrofes o crisis se pueden evitar o paliar trabajando y estimulando elementos opuestos a los que las alimentan y estimulan, no al revés.

Toda sociedad que aspire a vivir civilizada y democráticamente debe estar de acuerdo, al menos, en un mínimo de reglas que son los consensos básicos a que aludí anteriormente y que son la simiente de la cohesión y solidaridad de cualquier agrupación, particularmente del Estado nacional moderno que hasta ahora conocemos. Sin ellos, la desintegración, la inseguridad, la anarquía y el vacío de poder serían los primeros síntomas que asomarían en el cuerpo social enfermo.

¿Qué si México está enfermo? Es probable. Si es así, sólo tenemos dos alternativas: dejar o ayudar a que se enferme más, o bien curarlo, es decir curarnos, pues México somos quienes lo integramos, ni más ni menos. Los mexicanos somos muy dados a hablar de México como si nosotros mismos, es decir, yo, tú, él, ella y ustedes, no formásemos parte del país. Así que todos somos responsables, no nada más Salinas o Santa Anna, el PRI, Echeverría o Díaz Ordáz, sino los mexicanos. ¿Cuál crisis?, la que estamos haciendo y fomentando todos en mayor o menor medida y grado de responsabilidad.

A mi juicio, el malestar no radica en la cultura, que, bien que mal, da constantes muestras de vigor, originalidad, inventiva y creatividad, sino en las formas de organización social y

política que nos hemos dado los mexicanos y las maneras como las actuamos, en donde encontramos las mayores anomalías, es decir, tratase de un malestar civilizatorio. Los miedos y los temores —irracionales casi siempre— son los peores consejeros tanto para los individuos como para las naciones

Notas:

1 Maria Zambrano, *Persona y democracia —La historia sacrificial*, Anthropos, Editorial del hombre, Barcelona, 1988.

2 Hans J. Morgenthau, *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la Paz*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986, Colección Estudios Internacionales.